

Tierra, Trabajo, Capital... y Robots

Es interesante el último artículo que ha publicado la Senior Research Fellow del think tank europeo Bruegel, Dalia Marin, sobre el inexorable ascenso del peso del capital frente al trabajo en la economía de las últimas décadas.

Ya conoces la teoría clásica de Adam Smith: para producir empleamos tres factores: tierra (materias primas), trabajo (personas) y capital (inversiones en edificios, equipamiento, maquinaria...). De los tres factores de producción, por más que hablemos cada vez más de la importancia de las personas, es el capital el que se está llevando el gato al agua. Como señala el artículo que ha publicado en Project Syndicate, esta tendencia se está acelerando, impulsada por la digitalización (el capital prefiere contratar robots que personas), y por la lógica de concentración ("the winner takes it all").

Esta tendencia tiene efectos colaterales, como por ejemplo, que la deslocalización hacia países de mano de obra barata esté siendo cada vez menos interesante. La mano de obra va pesando menos, y llevar las máquinas a un sitio o a otro cuesta parecido.

Lo que no es un efecto colateral, sino muy directo, es el impacto en los seres humanos y la sociedad en su conjunto, que no acabamos de entender cómo nos vamos a ir adaptando a este nuevo giro de la economía.

Algunos dicen que no hay que preocuparse. En la primera Revolución Industrial, que supuso una gran reducción del empleo agrícola, había muchas voces que hablaban del desastre que iba a suponer para la Humanidad esa desaparición masiva del empleo en el campo. Lo cierto es que el problema se solucionó por la creación, también masiva, de empleos industriales.

Al principio era un empleo durísimo, que reproducía las inacabables jornadas de trabajo agrícola, pero en condiciones menos humanas. Pero con el tiempo la sociedad fue arreglando aquel desastre, y el empleo industrial redujo sus horas y mejoró sus condiciones. Así que es posible que ahora estén surgiendo nuevas formas de empleo, todavía desordenadas o precarias, y con el tiempo las podamos ir llevando a posiciones más razonables.

Otros no son tan optimistas, y alertan de que la progresiva reducción del peso del empleo tal y como lo conocemos, está erosionando las clases medias y creando más desigualdad, un proceso que acabará por romper la sociedad y traernos populismos, revoluciones y demás sustos. Un proceso que también nos es familiar si repasamos la Historia...

Los que se sitúan en este extremo, van lanzando propuestas como el poner impuestos a los robots, o implantar la renta de garantía de ingresos universal. Acabo de leer que Mark Zuckerberg, el fundador de Facebook, lo ha comentado esta semana en su discurso en la ceremonia de graduación en Harvard a la que ha sido invitado.

Entre los tecno-optimistas y los tecno-pesimistas, toda la gama de opciones y puntos de vista es posible. Como el ciclo económico nos está trayendo un poco de respiro, y el empleo se sigue recuperando, la conversación se ha tranquilizado un poco.

El peligro es que sigamos divagando hasta que el ciclo económico vuelva a teñirse del rojo de los números negativos (algo que ya sabemos que sucede, inexorablemente). Entonces volveremos a preocuparnos mucho, y la conversación se crispará.

Creo que deberíamos aprovechar este respiro para profundizar en entender no ya la cantidad, sino la cualidad del empleo que se está creando. Las estadísticas actuales por sectores y

ocupaciones (CNAEs y CNOs), son insuficientes para elaborar un diagnóstico en profundidad de la transformación del empleo que se ha iniciado y que continuará en las siguientes décadas.

Tampoco estamos segmentando lo suficiente entre las diferentes bandas de edad. El empleo se está repartiendo de formas radicalmente diferentes entre la generación del baby-boom, la generación X y la generación Y (millennials), y tenemos muy pocos datos que nos permitan comprender lo que está ocurriendo. Los datos macro nos dicen que el empleo juvenil es peor, pero nos falta mucha inteligencia sobre lo que realmente está ocurriendo.

Están apareciendo también nuevos empleos en la economía colaborativa, en la economía circular, que en ocasiones ni siquiera aparecen en el radar. Todavía poco significativos en términos absolutos, pero con ritmos de crecimiento que indican que en poco tiempo eso puede cambiar.

Hay que repensar a Adam Smith, y para eso, lo primero es tener un diagnóstico certero de lo que nos ocurre. Ya decía Ortega "No sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa"...